

LA PERSONALIDAD NARCISISTA DE NUESTRO TIEMPO

*Joan Coderch**

Hace ya años que los profesionales de la clínica psicoanalítica venimos observando que los pacientes que padecen las clásicas neurosis descritas por Freud van desapareciendo de los consultorios y son substituidos por pacientes que presentan síntomas vagos y poco definidos: sensación de vacío, desorientación, falta de estímulo, insatisfacción generalizada, aburrimiento, dificultades en las relaciones con los otros, fantasías de suicidio, etc., los cuales acostumbran a ser catalogados con la denominación genérica de trastornos de la personalidad. Dentro de estos trastornos de la personalidad, los dos diagnósticos más frecuentes son los de personalidad narcisista y los de personalidad borderline o fronteriza (Kohut, H., 1971, 1977; Kernberg, O., 1979, 1987). El propósito de este trabajo consiste en establecer una relación entre este incremento de las personalidades narcisistas y el tipo de sociedad predominante en el mundo que llamamos industrial o avanzado.

Clínica de la personalidad narcisista

Comencemos primero por una descripción acerca de lo que se entiende por personalidad narcisista desde el punto de vista de sus rasgos generales, es decir, aquello que se nos ofrece ante nuestros ojos y que nos lleva a decir, en tanto que clínicos, que nos encontramos frente a una personalidad narcisista.

Los sujetos con una personalidad narcisista presentan, en general, una adaptación social no sólo aceptable sino, incluso a veces, brillante y exitosa, aun cuando con notables alteraciones en las relaciones con los otros, a

* Dirección: Joan Coderch C. Balmaes 317 · 08006 · Barcelona · Tel. 93 2003740 · E-Mail: 2897jcs@comb.es

los cuales consideran como espectadores que han de reflejar su propio prestigio y valor o han de contribuir a él. Usualmente, presentan distintas combinaciones de intensa ambición y fantasías grandiosas, aunque estas últimas acompañadas de escondidos sentimientos de inferioridad y de una fuerte dependencia de la admiración y aplauso por parte de los otros. Junto con sentimientos de vacío e insatisfacción y continuo anhelo por ver gratificados sus deseos de consideración social, poder y admiración, presentan serias deficiencias en su capacidad de amar y de preocuparse por el sufrimiento de los otros. La superficialidad de sus sentimientos es, también, una constante. Contrasta su carencia de empatía, que les lleva a no comprender los sentimientos de aquellos que les rodean, con su epidérmica adaptación social. Sus sentimientos crónicos de inseguridad, escondidos bajo una aparente superioridad, los llevan a tratar a los otros como piezas a su servicio, mostrándose ocasionalmente serviles y aduladores cuando les es necesario para conseguir sus propósitos de promoción social, profesional, etc., mientras que tratan con dureza y desprecio a aquellos a quienes consideran inferiores o que, por la razón que sea, han dejado de ser idóneos para sus fines.

Podemos encontrar a los sujetos con personalidad narcisista dentro de un amplísimo espectro social y profesional. Cuando las circunstancias se lo permiten, intentan, por todos los medios, formar una corte de admiradores encargados de rendirles homenaje y de proclamar sus altas cualidades. Es preciso tener en cuenta que muchos de ellos poseen unas capacidades de seducción considerables, en gran parte derivadas de la concentración de sus esfuerzos por granjearse reputación, popularidad, ascendencia, etc., como objetivos primordiales en su vida, junto con una sorprendente falta de escrúpulos para conseguir sus metas. Además de esta gran necesidad de recibir el tributo y admiración de los otros, su vida emocional es extremadamente superficial y, pese a que presentan alguna integración de su *self* y de sus objetos internos, lo cual les permite diferenciarse de las personalidades de carácter psicótico y fronterizas, se asemejan a ellas por su falta de empatía y por presentar un predominio de las mismas operaciones defensivas de tipo primitivo que caracterizan a tales personalidades.

Los sujetos con personalidad narcisista tienden a ser extraordinariamente envidiosos de los que poseen las cualidades que ellos desean, pero, al mismo tiempo, idealizan a aquellos de quienes esperan alguna gratificación narcisista, mientras que utilizan o desprecian al resto. También, con frecuencia, convierten en ídolos a ciertos personajes famosos, pero no porque

estimen seriamente algunas cualidades que estos puedan tener, sino porque aspiran a conseguir, algún día, la aureola y celebridad de ellos o ellas. Es decir, no son buenas capacidades, recursos y cualidades valiosas aquello a que aspiran, sino a celebridad y admiración. Por esto sus ídolos suelen ser personajes, en realidad mediocres, que no despiertan su envidia a causa de su carencia de verdaderos valores, pero de quienes admiran y desean el prestigio o popularidad de que gozan.

Sus relaciones con los otros son, con frecuencia, de explotación y parasitismo. Bajo una superficie amable y encantadora esconden una actitud fría y calculadora. Con facilidad se sienten inquietos y aburridos cuando no consiguen nuevas fuentes de satisfacción. Pueden parecer dependientes de los otros a causa de su necesidad de que estos les expresen la admiración que constantemente desean, pero, en realidad, son incapaces de depender de quienes les rodean por razón de la herida que para ellos representa el hecho de admitir que precisan de alguien.

Una característica importante en la vida emocional de las personalidades narcisistas es la existencia, en ellos, de una intensa y crónica envidia ante las cualidades de los otros, así como las defensas destinadas a negar esta envidia, ya que percatarse de ella les sería insoportable. Poseen una imagen altamente idealizada de ellos mismos, y rechazan ver cualquier detalle que interfiera con esta imagen. Tienden a devaluar las cualidades de los otros a fin de sentirse siempre superiores, y, por el mismo motivo, desvalorizan aquello que reciben, y, en todo caso, lo consideran como algo que les es debido.

A veces, sucede que su insaciable necesidad de autoestima y su desmesurado amor a si mismos les llevan a proyectar su *self* en otra persona prestigiosa y admirada por la multitud, de manera que se produce una pseudoidentificación destinada a gozar de la admiración y la idealización que tales personajes suscitan.

Según yo creo, y pese a que existen diferentes maneras de matizar las diversas personalidades narcisistas, yo creo que una distinción clínica y analíticamente útil es la de distinguir entre personalidades narcisistas perversas y personalidades narcisistas infantiles. Entre las primeras encontramos sujetos con una notable capacidad de seducción y manipulación, la cual emplean para dominar, controlar y explotar a los otros, a fin de escalar posi-

ciones dentro del ámbito social y profesional en el que viven. Se trata de un tipo de personalidad muy maligna que, si llega a ocupar lugares importantes dentro de cualquier esfera, puede ocasionar daños considerables.

La personalidad narcisista de tipo infantil es menos peligrosa. Para resumirlo de una forma breve, podemos decir que presenta la caracterología de un niño mimado y consentido con la apariencia de un adolescente o de un adulto añorado. Exige ser reverenciado, enaltecido i colocado sobre un pedestal por el solo hecho de existir, sin más, o por su real o supuesto atractivo, o por cualquier cosa que hace o deshace y que, a sus ojos, se transforma en algo extraordinariamente meritorio. Tal como en el caso del narcisista perverso, los otros no cuentan para nada más que para ser utilizados a su servicio, pese a que el narcisista infantil no posee la malignidad y la astucia explotadora de aquel. Mi experiencia es la de que el tipo de personalidad narcisista infantil es el más propio de nuestra sociedad actual, cuestión ésta a la que volveré a referirme más adelante.

Concepto general del narcisismo

Aunque no es el tema de este trabajo referirme en extenso a las ideas y teorías psicoanalíticas acerca de la génesis y la estructura general del narcisismo, sí creo conveniente, antes de entrar propiamente en el tema de la relación entre narcisismo, sociedad y cultura, decir algunas palabras, aunque breves, acerca del concepto de narcisismo.

Recordemos que Freud, en su trabajo de 1914 “*Introducción del Narcisismo*”, nos dice que en los comienzos de su vida psíquica el niño se halla en un estado “original” de narcisismo “primario” en el cual toda la energía es libido yoica, es decir, una forma de investimento emocional que toma al yo como su único objeto. Más adelante, el niño se dirige al mundo externo a través de la identificación narcisista, en la que el niño trata al objeto externo como una prolongación de él mismo. Esta identificación narcisista la entiende Freud como un desplazamiento de la libido yoica desde el yo al objeto.

Freud señala que las pulsiones libidinales se dirigen hacia la madre o sus substitutos, es decir, aquellas personas encargadas de la protección, el cuidado y la alimentación del niño. Y añade: “Junto a este tipo y a esta fuente de la elección de objeto, que puede llamarse del tipo de *apuntalamiento* (tipo

anaclítico) la investigación analítica nos ha puesto en conocimiento de un segundo tipo que no estábamos predispuestos a descubrir. Hemos descubierto que ciertas personas, señaladamente aquellas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación (como es el caso de los perversos y los homosexuales), no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de su persona propia. Manifiestamente se buscan a si mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de objeto que ha de llamarse *narcisista*” (pp.84-85; cursivas del autor). En otras palabras, dice Ogden (2002): “Un vínculo objetal narcisista es uno en el cual el objeto queda investido con la energía emocional que originariamente era dirigida hacia uno mismo (y, en este sentido, el objeto es un suplente del *self*). El movimiento desde la identificación narcisista al vínculo objetal es cuestión de un movimiento en el grado de reconocimiento, e investimento emocional, de la alteridad del objeto” (p.774; la traducción es mía).

Más adelante, si el desarrollo se efectúa de forma favorable, el niño será capaz de involucrarse en una forma de amor objetal que no sea un desplazamiento del amor a uno mismo hacia el objeto. Por tanto, el niño será capaz de amar a alguien de quien reconoce que es externo a él mismo, y de quien puede aceptar la autonomía e independencia. Pero si, por las causas internas y externas que sean, no se produce esta evolución, persistirá la escasa diferenciación entre el *self* y el objeto, y en las relaciones con los otros continuará la elección de objeto narcisista, es decir, la elección de un objeto que no recibirá sino el amor dirigido al propio *self* del sujeto, el cual le amará como una forma de amarse a si mismo.

Siguiendo a Rosenfeld (1964), creo que la idealización del *self* es sostenida por identificaciones introyectivas y proyectivas omnipotentes con objetos idealizados y sus cualidades. De esta manera, el narcisista cree que todo aquello que es valioso en el mundo que le rodea es parte de él mismo y está controlado por él. Pienso que los dos tipos de narcisismo que yo he señalado, el perverso y el infantil, pueden corresponder, desde el punto de vista estructural, a la distinción que efectúa Rosenfeld (1987) entre narcisismo de piel gruesa y narcisismo de piel fina, respectivamente. Los narcisistas de piel gruesa, según este autor, son insensibles a los sentimientos profundos y su narcisismo es fuente de envidia y de desvalorización del análisis y del analista. Los narcisistas de piel fina son hipersensitivos y se sienten fácilmente heridos en el análisis y en a vida cotidiana. Por otro lado, hemos de recordar que, desde el punto de vista kleiniano, el narcisismo es un defensa contra la

envidia, hasta el punto que envidia y narcisismo pueden considerarse como las dos caras de la misma moneda. La estructura narcisista se construye por la internalización del objeto previamente poseído a través de la identificación proyectiva masiva. La omnipotente identificación, por proyección e introyección, borra las diferencias entre el *self* y el objeto.

Narcisismo primario y narcisismo secundario

Ya me he referido, en anteriores párrafos, al narcisismo primario tal como ha sido descrito por Freud. Quiero añadir ahora algo acerca de los conceptos de narcisismo primario y secundario. Bien conocida es la discusión entre freudianos y kleinianos acerca de si existe, o no, un narcisismo primario. La escuela kleiniana sostiene que no hay un narcisismo primario, ya que juzga que hay un mundo objetal interno desde el inicio de la vida y que, por tanto, todo narcisismo significa una retirada de la libido objetal hacia el yo. Sin querer pronunciarme en esta discusión académica, trataré de sintetizar en breves palabras los dos conceptos, ya que creo que son dos perspectivas que se complementan y enriquecen, a fin de poder articular mejor el concepto de las personalidades narcisistas con la sociedad de nuestro tiempo.

Las diferencias entre narcisismo primario y secundario se basan en el grado de reconocimiento - muy débil en ambos casos- entre el *self* y el objeto. En una primera etapa de la evolución psíquica, el bebé no puede representarse el objeto como separado y distinto de él, lo cual le lleva a vivir la satisfacción que recibe de la madre como proporcionada por él mismo. Desde este punto de vista, podemos decir que se vive a si mismo como omnipotente. La madre no tiene, para él, una existencia real e independiente, sino que es un objeto intrapsíquico construido subjetivamente, con el cual queda identificado. Este es el estado que podemos llamar de narcisismo primario. La experiencia repetida de las necesidades, tales como hambre, sed, frío, calor, etc., que sólo quedan satisfechas con el contacto visual, auditivo, táctil, etc., con la madre, dan lugar a la aparición de una segunda etapa en la que el infante percibe que la necesidad se halla en su interior y que la satisfacción llega desde el exterior, gracias a lo cual la madre deja de ser un objeto intrapsíquico subjetivamente construido para pasar a ser un objeto con existencia propia e independiente. Sólo a partir de esta etapa podemos hablar de narcisismo secundario.

El hecho de percibir al objeto como separado e independiente es una

tarea difícil y dolorosa, puesto que el infante se enfrenta con la realidad de depender de la madre para la satisfacción de sus necesidades e incluso para su supervivencia. Sólo un ajustado equilibrio entre la fuerza de sus pulsiones y necesidades, así como su capacidad de tolerancia ante la frustración y la espera, por un lado, y la realidad de los cuidados que recibe, por otro, permite al infante aceptar la realidad del objeto, el otro, como alguien autónomo e independiente, con sus propias necesidades y límites, con lo cual podemos decir que donde estaba el objeto intrapsíquico, omnipotentemente construido, deviene el sujeto equivalente al propio *self*, estableciéndose así una relación intersubjetiva que no niega sino que complementa la relación con la representación intrapsíquica del objeto (Benjamín, J., 1995).

Si, por las circunstancias que sean, este sutil equilibrio no se logra, el infante no puede soportar la realidad de esta situación de dependencia y tiende a no percibirla, a hacerla desaparecer, a rechazarla. Para ello, refuerza sus intentos para establecer sólidamente dentro de su mente el objeto intrapsíquico omnipotente subjetivamente construido, con el cual se identifica, sintiéndose, por tanto, portador de todas las propiedades y atributos de tal objeto (Lasch, C., 1979). Al mismo tiempo, intenta negar todas aquellas percepciones que desmienten la realidad de los hechos, es decir, su dependencia del objeto. Podemos decir, por tanto, que si el lema del narcisismo es “el objeto soy yo”, ello da lugar, por tanto, a que la realidad sea el enemigo mortal del narcisismo, como la mangosta lo es de la serpiente. Esta es la base del narcisismo secundario, y, podemos decir, la base estructural de las personalidades narcisistas con las que nos encontramos en la clínica y en nuestra sociedad actual en general. Quien no hubiera superado en absoluto la etapa del narcisismo primario quedaría reducido a un estado psicótico, en el que no voy a entrar ahora, para el resto de su vida.

Aquellos sujetos que han alcanzado la diferenciación *self*/objeto sólo en grado muy insuficiente, son quienes, en el curso de la vida, al enfrentarse con la realidad de las limitaciones presentes en cualquier circunstancia, con la dependencia de los otros, con las frustraciones, etc., tienden a refugiarse en el fortalecimiento de la identificación con un objeto omnipotente interno que les permita sentirse portadores, como he dicho, de todas las cualidades y capacidades de dicho objeto, exigiendo a los otros que confirmen, con su admiración y sometimiento, esta ilusión. Digamos, aunque sea sólo de paso, que Bion (1954) ha puesto de relieve que la esencia de la psicosis esquizofrénica estriba en este rechazo de la realidad de la dependencia del objeto

y, por tanto, en la negación de la realidad. Para ello, el psicótico ataca su propia mente (delirio) y su capacidad perceptiva (alucinaciones), a fin de persistir en esta negación. En mi opinión, lo que llamamos funcionamiento psicótico -perdida del criterio de realidad, delirio, alucinaciones, confusión entre el mundo interno y el externo- es la forma extrema del narcisismo. En el funcionamiento psicótico se ataca el conocimiento y la percepción de la realidad, a fin de perseverar en la confusión entre el *self* y el objeto (Coderch, J., 1991).

Si, en el curso de la evolución, la ansiedad de separación y los sentimientos de dependencia del objeto no son excesivamente insoportables, y si los cuidados que recibe el niño son suficientes, podrá alcanzarse la madurez emocional a través de la tolerancia, la aceptación de los propios límites y de la dependencia y por el reconocimiento del objeto -más tarde de aquellos con los que vivirá el sujeto- no sólo como un objeto construido subjetivamente, es decir, como una fantasía de una relación con una imagen o representación mental, sino como un sujeto externo, independiente y análogo al propio *self*. Pero ocurre que determinadas situaciones psicosociales, es decir, familiares y sociales en el sentido más amplio de la palabra, pueden obstaculizar este camino de crecimiento mental y facilitar la fijación del sujeto en una estructura narcisista. Y éstas son, precisamente, las condiciones sociales y culturales que, a mi juicio, se dan en la actualidad en la llamada civilización occidental.

Narcisismo y sociedad

Me parece razonable pensar que el incremento en el número de pacientes con personalidad narcisista que vemos en nuestros consultorios es, por lo menos en gran parte, debido a los cambios que, en forma progresivamente acelerada, desde las últimas décadas del siglo XX han ido desarrollándose en el tejido social. Y, dicho de forma más radical, pienso que si el número de personalidades narcisistas va en aumento es porque la nuestra es una sociedad notablemente narcisista, y una sociedad narcisista estimula y alimenta la aparición de personalidades narcisistas.

Todo ser humano ha de resolver los puntos álgidos de su existencia - sexualidad, pareja, trabajo, creación de la propia identidad y sentido de sí mismo, etc. - dentro de la trama psicosocial en la que ha nacido y se desarrolla. Y no parece difícil pensar que todas las carencias afectivas, formas

distorsionadas de relación, intolerancia, agresividad, etc., de este tejido social repercutirán en la forma con la que el sujeto tratará de hacer frente a sus pulsiones, frustraciones y necesidades. Y mi opinión es la de que una sociedad y cultura² narcisistas tienden a favorecer el desarrollo de personalidades narcisistas.

Hemos de tener en cuenta que aquello que ha sido más general en el pensamiento psicoanalítico ha sido el hecho de considerar la mente humana como definida por el desarrollo de unas estructuras predeterminadas, innatas y universales, que sólo precisan para desarrollarse de unas condiciones suficientes para la supervivencia, y, desde este punto de vista, no se ha considerado que los cambios sociales tengan una incidencia significativa en el desarrollo de la mente ni en su patología. Pero yo pienso que somos cada vez más los que creemos que la mente es un producto, así como un participante interactivo, del contexto social, cultural y lingüístico en el cual el sujeto construye su vida (Mitchell, S., 1988). Dicho de otra manera, creo que no son las pulsiones universales e innatas - sexuales y agresivas- las que determinan las relaciones objetales -y más tarde las relaciones interpersonales- sino, al contrario, las relaciones objetales las que determinan las vicisitudes, expresiones y caminos de las pulsiones. Y, desde esta perspectiva, queda claro que la trama psicosocial posee una decisiva influencia en el progresivo aumento del número de personalidades narcisistas. Y creo que esto es especialmente cierto por lo que concierne a las personalidades narcisistas de tipo infantil a las que antes me he referido.

Se trata de personalidades con una gran intolerancia a la espera, que exigen una gratificación inmediata de sus necesidades y pseudo necesidades, con la boca siempre abierta para ingerir toda clase de bienes de consumo, drogas y todo aquello que les presuponga alguna clase de satisfacción, con un alto nivel de demanda hacia los otros y hacia la "sociedad", entendida esta última como una imagen omnipotente que ha de facilitarles todo lo que desean, pero con un sentido nulo o muy escaso de aquello que los otros tienen derecho a esperar de ellos. Además, y en esto concuerda este concepto con el de los narcisistas de piel fina descritos por Rosenfeld, se sienten profundamente heridos cuando no son satisfechas sus demandas o cuando se les recuerda sus obligaciones, como si ello constituyera una tremenda in-

² Entiendo por cultura el conjunto de objetivos, valores, ideologías, formas de comportamiento, pautas de relación, caudal de conocimientos, necesidades, utilización de instrumentos técnicos, etc., que predominan en una sociedad en un momento determinado de su historia.

justicia. Pues bien, yo pienso que estas personalidades narcisistas de hoy en día vienen a ser los exponentes destacados y concretos del narcisismo que impera en nuestra sociedad. Podemos sintetizar su actitud mental diciendo que aman los productos del objeto -representados todo aquello que les parece satisfactorio y deseable, -pero niegan el reconocimiento y la dependencia del objeto.

La sociedad narcisista de nuestro tiempo

Como es natural, no intentaré, en modo alguno, realizar un análisis amplio de la sociedad contemporánea, sino únicamente subrayar los aspectos más destacadamente narcisistas de ella, los cuales contribuyen a promover la aparición del tipo de personalidades que estoy describiendo.

Creo que, tal vez, la característica más notable de nuestra sociedad en el sentido que estoy exponiendo es la tendencia a negar la ansiedad y la espera, tendencia que, como he dicho, es un de los factores más fundamentales en la estructura narcisista. Y no hemos de olvidar que la vivencia de separación, es decir, de la ausencia del objeto necesitado, es, como ha puesto de relieve Bion (1962), aquello que pone en marcha el pensamiento y, especialmente el pensamiento reflexivo sobre la propia emocionalidad.

Son muchos los mecanismos dirigidos a anular la ansiedad de separación y, por tanto, aniquiladores del pensamiento, que encontramos en nuestra sociedad. Los actuales instrumentos técnicos - televisión, teléfonos móviles, internet, medios de comunicación, etc., permiten tener siempre al alcance de la mano una realidad virtual que nunca se hace esperar. De aquí, por ejemplo, el fenómeno cada vez más extendido de la adicción por parte de adolescentes y adultos a consumir largas horas “chateando” en internet. A través de este medio, los límites desaparecen, las fronteras se borran, la realidad externa palidece y se hace innecesaria. Es posible instaurar relaciones con desconocidos de todas partes del mundo, sin necesidad de mantener buenas relaciones con los vecinos o con los compañeros de trabajo, los cuales exigirían algo en correspondencia.

Como he anunciado, la realidad es la enemiga mortal del narcisismo, ya que derriba las fantasías de omnipotencia, pone de relieve los propios límites y la necesidad del objeto -de los otros-, subraya la dependencia, etc. Por eso la sociedad narcisista ataca la realidad y el pensamiento que nos

lleva a conocerla. De esta manera, la realidad queda escondida bajo una realidad virtual que puede transformarse y modificarse de manera inextinguible, a gusto del consumidor. Con ello, grandes masas de la población - hemos de tener en cuenta que en nuestra sociedad existen numerosas subculturas -viven más intensamente la realidad virtual que la realidad que les rodea. Amplios grupos y subgrupos, dentro de nuestra sociedad, se interesan más por las vicisitudes, sexualidad, aparejamientos y rupturas eróticas pseudo sentimentales de los personajes “famosos” que los medios de comunicación les presentan a todas horas -personajes, casi siempre, de ínfima categoría moral e intelectual, estúpidos play boys, prostitutas de lujo más o menos encubiertas, etc.- que en reflexionar sobre su propia realidad.

El continuo bombardeo con todo tipo de incitaciones visuales y auditivas es, también, otra forma de atacar la ansiedad de separación y la capacidad de pensar. Este bombardeo aniquilador del pensamiento también adquiere, en algunos espacios, la forma de música atronadora, muchas veces música “mecánica”, o bien se presenta como estimulación continuada a través de los auriculares sempiternamente enganchados a los oídos. La información, puede servir para incitar la puesta en marcha del pensamiento, pero ofrecida de manera masiva, ininterrumpida, como una catarata, a todas las horas del día, por los medios de comunicación, de forma predigerida, sin elementos suficientes para que quien la recibe pueda formarse un juicio por si mismo es, así mismo, una forma de inhibir el pensamiento.

La alianza entre producción de bienes de consumo y publicidad constituye, también, un factor importante en la creación de la atmósfera narcisista en la que se encuentra inmersa nuestra sociedad. No es decir nada nuevo el hecho de subrayar que, infortunadamente, en las sociedades industrializadas la producción de bienes de consumo no se halla regida por la idea del bien común, que es aquello que ha de favorecer a todos sin injusticia para ninguno³, sino por una ética - o mejor, antiética - utilitarista que únicamente aspira a los máximos beneficios para quienes disponen de los medios de producción. Esto comporta que la producción incesante y renovada de bienes de consumo -la mayor parte de ellos innecesarios- haya de ir acompañada de la creación de una masa enorme de sujetos dispuestos a adquirir todas las mer-

³ Sin que ahora pueda extenderme en complicadas consideraciones sí quiero señalar que, en el campo de la economía social, debemos distinguir entre injusticia y perjuicio. Por ejemplo, una más amplia distribución de la riqueza favorecería a los más pobres y perjudicaría a los más ricos, evidentemente, pero ello no presupone ninguna injusticia para estos últimos, puesto que continuarían teniendo aseguradas unas más que suficientes condiciones de vida..

cancias, a fin de que la producción, y por tanto los beneficios, no queden interrumpidos. Para conseguir esto ha de convertirse al mayor número posible de individuos en compradores. Y para que esto sea posible ha de funcionar la maquinaria enorme de la publicidad destinada no a orientar e informar, para que el que precisa de algo sepa cómo y donde adquirirlo, sino a crear pseudo necesidades, deslumbrando con promesas de goce y felicidad increíble si se dispone de tal o cual producto.

De esta manera, se llega a crear una gran masa de población dispuesta a endeudarse hasta el límite con tal de conseguir tales dichas, pero perpetuamente insatisfecha porque nunca llega a poder adquirir todo lo que de continuo se le ofrece en una cultura de utilizar y tirar, y bien convencida de que a lo mejor que se puede aspirar en la vida es a disponer, sin restricciones, de estos bienes tan maravillosos. Puede objetarse, naturalmente, que crear necesidad y deseo de cosas buenas es contrario a la promoción del narcisismo tal como lo he descrito, ya que éste consiste, precisamente, en el predominio de las fantasías de identificación con un objeto omnipotente internalizado, en este “el objeto soy yo” que he citado antes, gracias a lo cual ya no existe ninguna necesidad ni deseo insatisfecho. Pero esta objeción se basaría en una apreciación falsa, porque lo que se intenta es negar y sustituir, con la posesión inacabable de bienes de consumo innecesarios, el reconocimiento del buen objeto y de los propios límites, de la necesidad de reparación, del desenvolvimiento de la conciencia auto reflexiva y de la ansiedad de separación, ya que la fantasía es la de que no existe esta última si se dispone de tantas y tantas cosas buenas, las cuales reemplazan el buen objeto.

Así es como nuestra sociedad estimula el desarrollo de la personalidad narcisista. La ansiedad de separación ha sido sustituida por la psicopatología de la intolerancia a la separación y por la exigencia de la gratificación inmediata (Ahumada, J. 1999). Cito, como ejemplo de esta fantasía, un paciente que desde su adolescencia disfrutaba con la fantasía de hallarse dentro de una habitación donde había exquisita comida, bebida, televisión, libros, revistas y todo tipo de cosas que pudiera apetecer. Al mismo tiempo, una criada sorda, ciega y muda estaba a su servicio para cualquier deseo que pudiera presentarse. No cuesta mucho entender que la habitación era el objeto idealizado y omnipotente, subjetivamente construido, donde él se había introducido para protegerse de la dependencia y la ansiedad de separación. La criada era el objeto externo de la realidad -y el analista- a su servicio,

sordo ciego y mudo, para no que no le fuera posible mostrarle su verdadera necesidad.

Otra forma de evitar la ansiedad de separación, la dependencia del objeto y la necesidad del pensamiento auto reflexivo, limitando la capacidad de pensar a un nivel puramente instrumental, es el recurso a la psicofarmacología (Ahumada, *Ibíd.*). El psicoanálisis, en cambio, que invita a entrar en contacto con las emociones, con el duelo, con la ansiedad de separación, la pérdida del objeto y la necesidad de recuperarlo, es considerado para muchos como un enemigo público al que hay que desterrar. Aquellos que, a pesar de todo, sufren ansiedad y experimentan el vacío y la desorientación de sus vidas, cuando acuden en demanda de ayuda nos dicen que es inútil que pretendamos que piensen y se entiendan a ellos mismos, que es mejor que les demos fármacos que no les obliguen a este penoso ejercicio de pensar y enfrentarse a sus sentimientos.

La adicción al alcohol -como droga legalizada - y a las drogas ilegales, ya sea en su forma más grave de adicción crónica y establecida, o en su forma más frecuente de consumo de drogas los fines de semana, en fiestas y discotecas, etc., es otra expresión del ataque a la mente presente en nuestra sociedad, en el que se substituye la función de pensar y la ansiedad de separación por un estado de excitación maníaca artificialmente provocado. En relación a este ataque a la función auto reflexiva del pensamiento, dice Ahumada (1991): "...en mi opinión las dificultades del psicoanálisis en la hora actual derivan en lo principal de *una crisis del pensar reflexivo acerca de sí* abarcando, desde su punto de partida en la incidencia de los medios en la aculturación inicial desde la niñez, a la sociedad global" (p. 22; cursivas del autor).

El rechazo a la autoridad es otra de las características de la sociedad actual favorecedoras del incremento de las personalidades narcisistas. Toda autoridad se ve transformada, casi automáticamente, en autoritarismo, y, por tanto, como rechazable. Si no hay autoridad no existen límites ni diferencias, y las fantasías narcisistas de confusión entre el *self* y el objeto se ven estimuladas. Esta eliminación de la autoridad da lugar a que la autoridad de la pareja parental desaparezca, no únicamente en los casos de parejas separadas o en el de las madres solteras o padres que se han hecho cargo de los hijos, sino también en las familias del tipo que podemos llamar tradicional. La función de la pareja parental es la de, en primer lugar, sostener y respaldarse

mutuamente en sus respectivas papeles materno y paterno, y, en segundo lugar, establecer límites acerca de lo posible, señalar lo permitido y lo prohibido, construir y dar firmeza a las relaciones entre los hijos y entre estos y los padres como diferentes de las que mantienen estos últimos entre ellos, marcar las diferencias generacionales, etc. Si, a consecuencia de la presión social contra la autoridad los padres no se atreven, o no pueden, ejercer su papel rector, los hijos no pueden internalizar unas imágenes suficientemente fuertes, amorosas y protectoras, a la vez, que les ayuden y sostengan en las crisis de crecimiento y en su entrada en el mundo de la vida, y se sienten inclinados a recurrir a identificarse con un objeto omnipotente subjetivamente construido, y a la excitación artificial a través la fusión con la masa y la pérdida de su individualidad en conciertos y fiestas juveniles, así como a través del alcohol y las drogas. Esta situación de abdicación de autoridad por parte de la pareja paterna, por un lado, y de permisividad escéptica y pesimista, por otro, contribuye a configurar en los adolescentes los rasgos propios de la personalidad narcisista.

Aunque es fácil suponer la existencia de un superyo débil y casi inexistente en los infantes y adolescentes que han crecido en las condiciones familiares y sociales que estoy describiendo, la experiencia muestra que, contrariamente, un superyo sumamente hostil y agresivo se halla en la base de las personalidades narcisistas de nuestro tiempo. Los psicoanalistas sabemos, desde hace tiempo, que la tonalidad predominantemente agresiva o amorosa y protectora del superyo no depende, en lo más fundamental, del comportamiento de los padres, sino de las proyecciones del hijo hacia ellos, reintroyectando posteriormente unas imágenes parentales revestidas de las pulsiones y sentimientos que les han sido proyectados. Si los hijos no han podido, en su niñez y primera adolescencia, internalizar unas figuras paternas fuertes aunque amorosas y protectoras con las que identificarse y por las que sentirse guiados y amados, introyectan imágenes frágiles, frías y distantes, cargadas con su propio odio y agresividad. A causa de ello, la tolerancia a la frustración es baja en la misma medida en que la exigencia de satisfacción inmediata es elevada, porque el sujeto no posee en su mundo interno un objeto bueno y suficientemente sólido en el que apoyarse y por el que sentirse acompañado. Ello facilita la tendencia a construir subjetivamente, como antes ya he dicho, un objeto omnipotente con el que fusionarse, dando lugar a la fantasía de un *self* grandioso. Esta ausencia de rasgos amorosos y protectores en los objetos internos da lugar a que el superyo investido de la propia agresividad oral -sádica ataque con crueldad al yo sin ofrecer, en

cambio, compañía y protección.

Desde esta perspectiva que estoy exponiendo, afirma Lasch (Ibíd.) que el fallo de los padres en servir al hijo como un modelo de disciplinada autocontención y de tolerancia, a la espera de la satisfacción deseada, estimula el desarrollo de un cruel y severo superyo fuertemente basado en las imágenes arcaicas de los padres, hacia los cuales se han dirigido las pulsiones agresivas más primitivas, fusionadas con imágenes de un *self* grandioso. Así, queda incrementada la necesidad, por parte del adolescente, de buscar refugio en las fantasías grandiosas y en el ataque al pensamiento autoreflexivo y a la realidad que pueden desmentir las primeras, tanto para poder tolerar las insatisfacciones como para huir de la agresividad del superyo.

La obesidad, una de las plagas de las sociedades industriales avanzadas, es, también, una consecuencia, por lo menos en parte, de nuestra cultura narcisista. Ciertamente existen factores propios del estilo de vida laboral, como es la imposibilidad, para una gran parte de la población, de realizar en el hogar la comida del mediodía, y la necesidad, por exigencias de la escasez de tiempo, de acudir a alimentos enlatados y conservas en lugar de cocinar en casa alimentos frescos, etc., pero esto no es todo para explicar el origen de esta epidemia que está ya causando gran preocupación en los gobiernos de muchísimas naciones, por la incidencia que tiene la obesidad en la etiología de gran número de enfermedades, con el consiguiente coste para la seguridad social. Se calcula que para el año 2006 el cincuenta por ciento de los estadounidenses serán obesos, y que los países de Europa central no les van mucho a la zaga. Esta epidemia tiene, también, que ver con la exigencia de satisfacción inmediata, con el rechazo a cualquier frustración y la demanda continuada de placer, con la substitución de la presencia y la relación de los padres con sus hijos por toda clase de gratificaciones materiales, entre las cuales se incluyen toda clase de golosinas, helados, chocolates, etc., y, muy especialmente, en mi opinión, por la intolerancia a la ansiedad de separación y la dependencia del objeto. Esto último conlleva que, como ya he dicho refiriéndome a la adquisición desmesurada de bienes materiales, la ausencia y la dependencia del objeto sea negada mediante el consumo incesante de sus productos y, en el caso al que me estoy refiriendo, a la satisfacción impropia de la pulsión nutritiva. El "picoteo" entre las horas de las comidas es una buena muestra de lo que estoy diciendo y una de las principales causas de la obesidad.

Aunque, evidentemente, no podemos catalogar a todos los componentes de nuestra sociedad como personalidades narcisistas en sentido estricto, creo que sí que podemos afirmar que los rasgos narcisistas a los que me estoy refiriendo se extienden, como una mancha de aceite, a gran parte de la población. El culto a la individualidad está dando lugar a lo que podemos llamar la “deificación” del individuo. Cada individuo se considera un dios, con derecho a todo y obligación a nada. Así, podemos observar, junto a la actitud incesante de reclamación y reivindicación, el desprecio y desconsideración hacia los otros, presentes, por ejemplo, en la manera agresiva y peligrosa de conducir, en la progresiva desaparición de la cortesía y buenos modales en la convivencia, en la falta de respeto hacia los derechos de las otras personas, etc. Un ejemplo de lo que estoy diciendo lo encontramos en el hecho de que, cuando una persona anciana o con dificultades físicas entra en un autobús o transporte subterráneo, es raro que alguien se levante para cederle el asiento, ni tan sólo aquellos que están ocupando los puestos reservados específicamente para estas personas. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Al describir los rasgos esenciales de las personalidades narcisistas he puesto especialmente de relieve su tendencia a dominar y controlar al objeto, a negar la dependencia frente a él, a aprovecharse de sus cualidades y aportaciones sin amarlo, en fin, a sustituirlo con la fantasía “el objeto soy yo”. Pues bien, creo que estas mismas características podemos atribuirles a la sociedad que llamamos industrial y civilizada, considerada como un ente vivo con sus propias peculiaridades y dinamismo, en relación al “objeto” que le ha dado la vida y la sostiene: el planeta tierra. Frente a esta cuestión, coincido plenamente con la tesis expuesta por Lasch (Ibíd.) respecto a la utilización narcisista de la ciencia y la técnica, la cual desarrollo, a continuación, a mi manera.

Ambas, ciencia y técnica, nos son útiles y necesarias para mejorar las condiciones de vida de la humanidad, combatir las enfermedades y el hambre, aliviar el sufrimiento, promover la educación y el desarrollo cultural, fomentar la creatividad, controlar aquellos fenómenos de la naturaleza perjudiciales para los seres humanos, en suma poder dar a todos una vida lo más satisfactoria posible. Pero otra cosa distinta, aunque constantemente la estamos confundiendo con lo que acabo de decir, es poner los instrumentos técnicos de que nos dota la ciencia al servicio de las fantasías narcisistas omnipotentes de control, posesión y desprecio del objeto, a fin de negar nuestros límites, nuestra debilidad y nuestra necesidad de aquel. Estas fantasías

narcisistas son las que nos llevan a desdeñar las necesidades del planeta que habitamos, a creernos dueños del universo, a intentar domeñar la naturaleza, al servicio de nuestra demanda ilimitada de satisfacción y bienestar sin respetarla, a subyugarla y agredirla en lugar de amarla. En una palabra, a creer que somos los dueños de la naturaleza en lugar de reconocer nuestra dependencia de ella. Se trata, por tanto, de una inversión de las relaciones padres- hijos, humanidad - naturaleza, de un esfuerzo por dominar al objeto en lugar de depender de él. Los resultados de estas ciegas y omnipotentes fantasías narcisistas han llevado a la actual situación de desastre ecológico, con desertización de amplias zonas del planeta y el consiguiente incremento de la sequía, a la contaminación de la atmósfera, ríos y mares, a la extinción de centenares de especies vivientes, a la deforestación, al agujero de ozono, a los cambios climáticos, etc., hasta el punto de que la tierra llegará a ser inhabitable algún día si la humanidad no cesa en su loco y narcisista empeño de destruir la naturaleza para negar nuestra dependencia de ella. Quiero subrayar que existe una verdad que no debiéramos olvidar nunca, pero que nuestro narcisismo nos impide reconocer: *las madres perdonan siempre, o casi siempre; los hombres y las mujeres, a veces; la naturaleza, nunca.* La naturaleza es implacable. Todo lo que hacemos contra ella lo pagaremos con creces. Como he dicho repetidamente, la realidad es la enemiga mortal del narcisismo, e, infortunadamente para nuestra sociedad narcisista, al final siempre vence la realidad.

Indicación terapéutica

El tratamiento de las personalidades narcisistas no es el tema de este trabajo. Sin embargo, quiero añadir algunas palabras respecto a esta cuestión, ya que ello ayudará a delinear mejor el perfil de estas personalidades con las que hoy en día tan a menudo se encuentran analistas y psicoterapeutas.

En algunos casos, los sujetos con personalidad narcisista solicitan ayuda al analista a causa de que la forma, que ya he descrito, de relacionarse con los otros y, en general, de orientar su vida y sus objetivos de acuerdo con la imagen grandiosa que poseen de su *self*, les lleva a continuados conflictos y fracasos. No me cabe ninguna duda de que la única manera de intentar conseguir una modificación de su estructura es mediante la terapéutica psicoanalítica, ya sea como análisis propiamente dicho o con técnicas modificadas, puesto que algunos autores consideran que no es posible tratar a esta clase de pacientes con el método que, para entendernos, solemos llamar clá-

sico (Kernberg, O., 1979, 1987.). No entraré a discutir acerca de una u otra de estas modalidades de la terapéutica psicoanalítica. Lo que sí parece bien evidente que las personalidades narcisistas que he denominado infantiles son mucho más asequibles al tratamiento que los narcisistas perversos y que, en todo caso, soportan mucho mejor el *setting* analítico que estos últimos.

De acuerdo con mi experiencia y la de otros autores (Kohut, H., 1971, 1977; Modell, A. 1975; Kernberg, O., 1979, 1987; Coderch, J., 1991), el rasgo más característico con el que se encuentra el analista, al comienzo del tratamiento, frente a los pacientes narcisistas es la, por lo menos aparente, carencia de afectos. Opina Modell (Ibíd.) que esta falta de afectos puede asemejarse al aislamiento que observamos en pacientes obsesivos, pero que puede diferenciarse porque el aislamiento, en los pacientes obsesivos, es una defensa intrapsíquica, mientras que en las personalidades narcisistas el bloqueo de los afectos se halla motivado por el temor a una relación cercana y emotiva con el analista. Es fácil, dice Modell, que, en estos casos, el analista experimente el sentimiento de que, aun cuando hay dos personas en la habitación, el clima emocional es el mismo que se produciría en el caso de que solo hubiera una persona. Cuando habla el paciente parece que hable para sí mismo si tener en cuenta al analista. Y cuando él mismo, el analista, habla, también le parece como si hablara al vacío, con un paciente ausente y desinteresado, lo cual puede ser vivido contratransferencialmente como rechazo y desprecio por parte del paciente. El análisis detenido de la situación lleva al analista a percatarse, en un primer examen superficial, de que esta actitud del paciente se basa en su sentimiento de grandiosa autosuficiencia y de temor a la relación emocional. Sin embargo, con el tiempo, una observación más profunda y detenida, nos lleva a descubrir, debajo de este aparente desprecio e indiferencia, una intensa necesidad de dependencia, afecto y aceptación por parte del analista, a quien demandan, en una transferencia especular, que refleje y alimente sus fantasías de grandiosidad. Estas fantasías de grandiosidad son las que les permiten sustentar la ilusión de que no han de necesitar ni depender de nadie puesto que sienten el afecto hacia alguien como contrapuesto a tales fantasías y, por ello, han de evitarlo a toda costa.

La desconfianza que suelen mostrar hacia el analista, junto con la negativa a depender de alguien como pauta fundamental de trato con el otro, sugieren a Modell (Ibíd.) la hipótesis de que estos pacientes, en sus primeras relaciones de objeto, han sufrido la experiencia de una madre incapaz, por las razones que sean, de inspirar al infante confianza en que sus demandas y

necesidades afectivas, lo cual no ha de ser confundido con el aporte de suministros materiales, serán satisfechas. Si esta hipótesis es cierta, ello habría llevado al niño a la formación de un *self* a la vez precoz y frágil, el cual ha de sostenerse mediante la construcción de fantasías de grandiosidad e independencia, impulsado por el sentimiento de que no puede esperar nada del objeto. Yo creo que se trata, por tanto, de una prematura autonomía basada en la identificación con un objeto omnipotente subjetivamente construido, lo cual conduce a que el eslogan del narcisista que ya he citado repetidamente, "el objeto soy yo", deba, para una mejor comprensión de estas personalidades, completarse de la siguiente manera; "el objeto soy yo, puesto que no puedo esperar nada de él".

Dada la situación que estoy exponiendo, no ha de extrañar que al analista le sea extraordinariamente difícil lograr que se establezca, por parte del paciente, la imprescindible colaboración para el trabajo analítico. No puedo profundizar aquí en las inacabables discusiones entre las distintas escuelas acerca de si esta colaboración se funda en una relación no transferencial, sino real, entre paciente y analista, la llamada alianza terapéutica o alianza de trabajo (Greenson, R., 1972; Meissner, W.W. 1996), o si se basa en la transferencia positiva derivada de la transferencia erótica incuestionable de la que nos habla Freud. Por mi parte, y tal vez manteniéndome en una posición equidistante, prefiero emplear el término de "relación de trabajo", relación a la cual considero como una especialización de la transferencia (Coderch, J., 1990).

Sea cual sea la concepción teórica a la que nos atengamos, lo cierto es que todo analista debe esforzarse para construir esta colaboración, sin la cual el proceso analítico no tendrá lugar. Infortunadamente, yo no tengo, ni creo que nadie tenga, ninguna fórmula suficientemente válida para conseguir del paciente narcisista esta actitud de colaboración. Lo que sí puedo decir es que es menester un análisis muy prolongado, en el transcurso del cual el analista ha de desplegar una gran paciencia y dejar de lado toda precipitación. Hasta que no se hayan instaurado aunque sea unos mínimos rudimentos de relación de trabajo, en mi experiencia las interpretaciones del conflicto intrapsíquico expresado en la transferencia son inútiles e incluso, en ocasiones, perjudiciales. Ello es debido a que, por un lado, el paciente las vive como una amenaza a su autonomía e independencia, y, por otro, se siente presa de envidia cuando percibe la capacidad del analista para entender lo que ocurre en su mente y ofrecérselo, la cual le lleva a rechazar con más violencia la

comprensión que se le ofrece. Sin embargo, también es cierto que tras años de sostenida tarea llega a producirse la implantación de unos principios, aunque sea elementales, de relación de trabajo que, posteriormente, posibilitarán que el paciente pueda tolerar y elaborar las interpretaciones acerca del conflicto intrapsíquico.

Yo creo que para explicarnos cómo es posible llegar a esta situación en un paciente que, como he dicho, rechaza las interpretaciones de los conflictos intrapsíquicos, hemos de ir más allá del contenido semántico- explicativo de las interpretaciones y apoyarnos en aquellos factores terapéuticos que impregnan la relación paciente - analista, que han sido descritos en las últimas décadas por diversos autores, y que ahora sólo puedo recordar sucintamente: el *setting* como sostenimiento en el sentido de Winnicott; memoria de procedimiento e inconsciente no reprimido; conocimiento relacional implícito y compartido; empatía; comunicación preverbal; nueva experiencia de relación, etc. (Winnicott, D., 1960, 1969; Balint, M., 1972;. Coderch, J., 1995, 2001, 2003; Pally, R., 2000; Davis, J., 2001; Nahum, J., 2002; Stern, D., 2000,etc.).

Quiero subrayar, finalmente, que con lo que estoy diciendo no me refiero a la necesidad de utilizar ningún parámetro especial para gratificar las demandas del paciente, ni de realizar muestras especiales de amistad o aceptación. El *setting* y la metodología psicoanalítica son suficientes, siempre que sean aplicados paciente y juiciosamente. Pero sí quiero subrayar que, a mi juicio, el analista debe hacer sentir su eros terapéutico, de la misma manera que la música nos transmite, sin palabras, los sentimientos del compositor.

RESUMEN

En este trabajo se relaciona el incremento de personalidades narcisistas, que se observan actualmente en los consultorios psicoanalíticos y psicoterapéuticos, con determinadas características de la sociedad actual, a la que podemos denominar sociedad narcisista. Las personalidades narcisistas son divididas en dos categorías: personalidades narcisistas perversas y personalidades narcisistas infantiles, siendo estas últimas las más propias de las sociedades industrializadas y avanzadas. Se describen los rasgos esenciales de las personalidades narcisistas, cuya fantasía inconsciente más esencial es la de “el objeto soy yo”. En las relaciones con los otros destaca la búsqueda

intensa de admiración, prestigio y elogio, así como la explotación en beneficio propio. La intolerancia a la espera y a la ansiedad de separación, la demanda de gratificación inmediata, la renuncia al pensamiento autoreflexivo y la inmersión en una realidad virtual a través de los medios técnicos son algunas de las características de las sociedades en cuyo seno se produce un aumento de las personalidades narcisistas. La actitud de este tipo de sociedades hacia la naturaleza es la de avaricia, dominio, desprecio y explotación, en lugar de amor y respeto, lo cual conduce a desastres ecológicos.

Se expone la hipótesis de que el origen de la personalidad narcisista puede estar relacionado con la desconfianza de que el objeto, por las causas que sean, satisfará las necesidades, tanto afectivas como fisiológicas, por cuyo motivo el infante se siente impulsado a desarrollar precozmente un *self* autosuficiente e independiente, construyendo un objeto omnipotente que es internalizado y con el cual se identifica el sujeto. En la terapéutica analítica, el analista se encuentra con un paciente que presenta una obstrucción y aislamiento de los afectos y que intenta evitar toda relación cercana y emocional. Las interpretaciones transferenciales del conflicto intrapsíquico son rechazadas como invasoras y provocan envidia. Únicamente tras años de paciente trabajo se logra una actitud de colaboración y confianza por parte del paciente, en grado suficiente para que tenga lugar un verdadero proceso psicoanalítico. Para entender esta posibilidad es necesario tener en cuenta los factores terapéuticos implícitos en el *setting* analítico y en la relación paciente - terapeuta, más allá de la interpretación del conflicto intrapsíquico.

BIBLIOGRAFÍA

- AHUMADA, J.L.** (1999): *Descubrimientos y Refutaciones*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- BALINT, M.** (1972): *The Basic Fault: Therapeutic Aspects of the Regression*. Londres: Tavistock Publications
- BENJAMIN, J.**(1995): *Like Subjects, Love Objects*. Yale: Yale Univ. Press.
- BION, W.R.** (1954). Versión castellana (1972): "La Teoría de la esquizofrenia", en *Volviendo a Pensar*. Buenos Aires: Paidós.
- (1962). Versión castellana (1966): *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós.
- CODERCH, J.** (1990): *Teoría y Técnica de la Psicoterapia Psicoanalítica*. Barcelona: Herder.
- (1991): "comentarios sobre el tratamiento de un paciente narcisista". *Libro Anual de Psicoanálisis*, vol.I: 126-137),
- (1995): *La Interpretación en Psicoanálisis*. Barcelona: Herder.
- (2001): *La relación Paciente - Terapéutica*. Barcelona: Paidós.
- (2003): "La trama interactiva en psicoterapia psicoanalítica". Comunicación presentada en la X. *Jornada de la Sociedad Española de Psicoanálisis*. Sevilla (en prensa).
- DAVIS, J.**(2001): "Revising psychoanalytic interpretations of the past: An examination of the declarative and non declarative memory". *IJPA*.82: 449-467.
- FREUD, S.** (1914): *Introducción del Narcisismo*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1978-1982.
- GREENSON, R.**(1972): *The Technique and Practice of Psychoanalysis*. Nueva York: Int. Univ. Press.
- KERNBERG, O.** (1979): *Desórdenes Fronterizos y Narcisismo Patológico*. Buenos Aires: Paidós.
- (1987): *Trastornos Graves de la Personalidad*. México: El Manual Moderno.
- KOHUT, H.** (1971): *The Análisis of the Self*. Nueva York: Int.Univ. Press.
- (1977): *The Restauration of the Self*. Nueva York: Int. Univ. Press.
- LASCH, C.** (1979): *The Culture of Narcissism*. Nueva York: www. Norton & Company.
- MEISSNER, W.W.** ((1996): *The Therapeutic Alliance*. Londres: Yale Univ. Press.
- MITCHELL, S.**(1988): *Relational Concepts in Psychoanalysis*. Cambridge: Har-

- vard, Univ. Press.
- MODELL, A.**(1975): "A narcissistic defence against affects and the illusion of self-sufficiency. *Int.J.Psychoanal.*, 56: 275-284
- OGDEN, T.** ((2002):" A new reading of the origins of the objects - relation theory". *Int.J. Psychoanal.* 83: 767-784.
- PALLY, R.** (2000): *The Mind - Brain Relationship*. Londres: Karnac Books.
- ROSENFELD, H.**(1964): "On the psychopathology of narcissism". *Int. J. Psychoanal.*, 45: 332-337.
- (1987): *Impassé and Interpretation*. Londres: Tavistock Publications.
- STERN, D.** (2000): "Mecanismos no interpretativos en la terapia psicoanalítica". *Libro Anual de Psicoanálisis*. XIV: 207 - 225.
- WINNICOTT, D.** (1960): "The theory of the parent - infant relationship", en *The maturational process and the facilitating environment*. Nueva York: Int. Univ. Press.
- (1969): "The use of an object and relating through cross identification", en *Playing and Reality*. Nueva York: Basic Books.